



LA PARADOJA DEL PRIMER ENCUENTRO ENTRE AMERICANOS Y EUROPEOS

Oswaldo Silva Galdames

Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

El primer contacto con un mundo hasta entonces ignorados para los occidentales prendió en sus imaginaciones una visión sin precedente acerca de la realidad humana y natural contemplada, tan ajena a las relaciones que corrían, de boca en boca, entre los afortunados «descubridores» de las africanas costas atlánticas o de deslumbrados viajeros que regresaban del Lejano Oriente. En tal contexto deben explicarse las impresiones que, bajo el influjo del inesperado *hallazgo* mutuo, se encendieron en los espíritus de nativos y forasteros, cuajadas en leyendas y ensueños que, hasta entonces, ni la más fértil de las fantasías había sido capaz de engendrar.

El *diario de a bordo*, llevado minuciosamente por Cristóbal Colón, del cual sólo conocemos aquellos fragmentos consignados por Fray Bartolomé de las Casas, constituye el primer documento de quimeras, plagadas de angustias forjadas por quienes, con admirable coraje, se aventuraban en riesgosas travesías cuyo éxito nadie aseguraba. ¿Qué les impelía a exponerse en andanzas con impredecibles desenlaces? La esperanza de prosperar y elevar su condición social, usufructuando del botín a lograr en tierras fabulosas por sus riquezas y exóticas poblaciones; el deseo de ser los primeros en dar con rincones inexplorados, obteniendo, de paso, la fama para «dejar memoria de sí» y enaltecer a su linaje, son las respuestas más plausibles. El propio Almirante de

la Mar Océano deja esa impresión cuando oteaba el horizonte, aspirando quizás el aroma de la cercana vegetación tropical, asido a la borda del castillo de popa la noche del 11 de octubre de 1492, cavilando sobre el destino de *su empresa*. De pronto la excitación inundó su rostro soñoliento. Las Casas revive, a su modo, la escena sosteniendo que pasada la medianoche

vido una lumbre, aunque tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra.¹

Sin embargo, en su fuero interno, estaba convencido de que así era. Procuró cerciorarse consultando a sus compañeros y, aunque éstos, pensando a lo mejor en las frustraciones de otras visiones esperanzadoras, nada vislumbraban, después que el Almirante insistiese

se vido una vez o dos, y diz que era como una candelilla que se alzaba y bajaba²

siguiendo, probablemente, el acompasado mecer de la pequeña carabela. Pocos compartían las ilusiones pero Colón

no dudó ser verdadera lumbre y por consiguiente, estar junto a la tierra.³

Bajo su perspectiva *Catay*, la meta del azaroso recorrido, se hallaba frente a él. Clavó férreamente la vista en lontananza, intentando traspasar esa oscuridad que impedía una clara visión. A las dos de la mañana del viernes 12, alborozados gritos de las naos cercanas lo alejaron de todo titubeo. A menos de diez kilómetros se alzaba la ambicionada tierra. Manos anhelantes comenzaron a arriar las velas, mientras otras empuñaban los remos dirigiendo a las carabelas hacia la pequeña ínsula, dormida bajo la cadencia de sus palmas y el suave deslizar de las olas sobre la alba playa. Madrugadores nativos que, desperezándose, acudían al matinal baño, avistaron asombrados las extrañas embarcaciones. Pasmados despertaron a sus vecinos, congregándose a cavilar sobre la turbadora aparición. Nadie recogió las impresiones experimentadas al «descubrir» seres insólitos que cubrían sus cabezas y cuerpos con vistosos sombreros y coloridas vestimentas.

Los europeos al desembarcar, en compartida sorpresa, no disimulaban la turbación provocada por aquellos cuerpos desnudos que, sin pudor, se movían entre la densa foresta y los apetitosos frutos que colgaban de árboles erguidos

De Las Casas, Batolomé: *Historia de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles, Tomo 95, Cap. XXXIX. Ediciones Atlas. Madrid, 1957.

² Ibid.

Ibid.

a orillas de una laguna de agua dulce. En ese mismo instante comenzó a forjarse la paradójica contradicción del mutuo hallazgo. Percepciones diferentes del mundo natural y de sus respectivos sistemas de creencias mágico religiosas contribuirían, más tarde, a ahondarlo.

El Almirante pronto se sustrajo al generalizado embrujo y dispuso cumplir con las formalidades legales del caso, llamando

delante de los dos capitanes y de Rodrigo de Escovedo, escribado de toda el armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, veedor de ella y de toda la gente cristiana que consigo saltó en tierra, dijo que le diesen por fe y testimonio, cómo él por ante todos tomaba de la dicha isla a la cual ponía por nombre San Salvador, por el Rey e por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, según más largo se contiene en los testimonios que allí por escrito se hicieron.⁴

Los naturales, recelosos al principio, se acercaron desenfrenadamente cuando, según acotó el mismo Colón

les dí a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio, que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor con que hobieron mucho placer, y quedaron tanto nuestro, que era maravilla; los cuales después venían a las barcas de los navíos, adonde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos, y azagayas⁵ y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían, de buena voluntad; más me pareció que era gente muy pobre de todo; ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una, farto moza, y todos los que vide eran mancebos, que ninguno vide que pasase de edad de más de treinta años, muy bien hechos, de muy fermosos y lindos cuerpos y de muy buenas caras, los cabellos gruesos cuasi como sedas de caballos y cortos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás, que traen largos, que jamás cortan... Ellos no traen armas, ni las cognoscen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia.⁶

La observación de heridas en los cuerpos llevó a Colón a deducir que los isleños mantenían ancestrales guerras con sus vecinos y con los habitantes de Tierra Firme, donde señoreaba el Gran Khan, quienes venían a capturarlos para convertirlos en esclavos ya que, a su parecer, debían

Ibid., Cap. XL.

azagayas eran pequeñas lanzas o dardos.

De Las Casas: Ob. cit. Cap. XL.

ser buenos servidores y de buen ingenio ⁷

impresión que selló la suerte laboral de aquellos hombres cuya piel, no obstante, se parecía más a los oriundos de Las Canarias que a los africanos.⁸

El sábado 13 los lugareños persistían en arrimar sus canoas hacia las embarcaciones europeas portando

papagayos...ovillos de algodón hilado y azagayas y otras cosas, según que tenían y podían, lo cual todo daban por cualquier cosa que pudiesen haber de los cristianos hasta pedazos de escudillas quebradas y cascos de tazas de vidrio, y así como los rescebían, saltaban al agua temiendo que los cristianos de haberselos dado se arrepentirían.⁹

Sin duda la atención se centró en la búsqueda de oro desde el mismo instante en que observaron que los nativos portaban

en las narices unos pedacitos de oro, preguntóles el almirante por señas dónde había de aquello; respondían no con la boca, sino con las manos, que yendo al Sur, o volviendo la isla por el Sur, que estaba diz que allí un rey que tenía muchos vasos de oro¹⁰

La perquisición del preciado metal impulsó a explorar todos los rincones del islote, marcando lo que habría de ser la impronta de la aventura indiana, disimulada bajo la forma de una misión evangelizadora, idea sintetizada por Colón al expresar, escuetamente:

creo que ligeramente se harían cristianos, que pareció que ninguna secta tenían¹¹

La incomprensión de las actitudes y del marco en que se desarrollaban las conductas de los protagonistas fue la tónica del encuentro entre ambos mundos. Poco o nada sabemos de las auténticas reacciones de la parte «hallada» pues carecemos de fuentes aborígenes fidedignas, disponiendo sólo de las «informaciones» recogidas por el primer intérprete en la historia americana, indentificado por Las Casas como

⁷ Ibid.

⁸ Ibid.

⁹ Ibid. Cap. XLI. Nótese la intención manifestada de mostrar una pobreza paupérrima de quienes se contentaban con trozos de la vajilla europea.

¹⁰ Ibid. La insistencia en que hacia las tierras meridionales de cualquier parte de América se hallaban enormes riquezas, forjó, posiblemente, la leyenda de *El Dorado*.

¹¹ Ibid. Cap. XL.

un Diego de Torres, que había vivido con el adelantado, de Murcia, y había sido judío, y sabía hebraico y caldeo y aún diz que arábigo¹²

conocimientos considerados suficientes para entender la suave lengua *caribe* parlada en las Pequeñas Antillas. Torres, al reiniciarse los reconocimientos geográficos, llevó como traductor o *lenguaraz*, a un nativo que platicaba el taino hablado en las islas mayores. Así no puede provocar extrañeza que el judío converso «entendiese» y comunicase a Martín Alonso Pinzón que

Cuba debía ser ciudad, y que toda aquella tierra era tierra firme pues iba tanto muy al Norte y era tan grande y que el rey de aquella tierra tenía guerra con el Gran Khan, al cual ellos llamaban «Cami», e a su tierra o ciudad Faba, y otros nombres muchos¹³

datos que alborozaban a Colón, convencido, como estaba, de haber alcanzado las míticas tierras de China, la Catay donde Marco Polo trabase amistad con su poderosísimo rey, error que conservaría hasta su muerte. Tampoco sorprende que el mismo Torres averiguase que hacia el meridión vivían

hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros que comían los hombres, y que en tomando alguno, lo degollaban y cortabanle sus instrumentos viriles.¹⁴

Comenzaba a forjarse la leyenda de los *caníbales*, precursora, a su vez de todas las fábulas que se entrejerían en torno a las tierras y pueblos del Nuevo Mundo. Este fenómeno fue un claro indicio de la *frontera ideológica* que, desde un primer momento, hizo inentendibles las percepciones y mentalidades propias a cada tradición cultural.

Los hispanos se comportaban como si estuviesen en su terruño; no se daban cuenta que representaban a un país en expansión debido a la donación de las tierras a descubrir hecha por el Papa a sus soberanos. Persistían en reproducir, dentro de otro escenario, el largo esfuerzo castellano para prolongar los límites de cristianismo a toda la península ibérica, sin reparar que los nuevos confines se orientaban hacia regiones muy ajenas al clásico entorno de la Europa Mediterránea.

Lo mismo ocurría con los indígenas que veían irrumpir en sus lares a seres con piel, ojos y cabellos más claros; de rostros barbados y cuerpos absolutamente cubiertos; que se desplazaban sobre animales portando armas de fuego y punzantes espadas de acero. Paradojalmente esas singulares personas se alimentaban, dormían y estaban sujetos a los mismos achaques de ellos.

¹² Ibid. Cap. XLV. Curiosamente en otras versiones en lugar de «vivido», que podría conectar a Colón con un origen judío, se escribe «venido»

¹³ Ibid. Cap. XLIV.

¹⁴ Ibid. Cap. XLV.

En tal marco de *frontera interétnica* es donde se aprecia, con mayor claridad, el «choque cultural» entre hombres impregnados con distintas nociones acerca del cosmos, el quehacer cotidiano y su destino final.

La fantasía medieval y el embrujo ejercido por lo desconocido plasmó en los peninsulares una visión, rayana en lo legendario, de sus propios hechos, la naturaleza y los sucesos que enfrentaban.

Los americanos juzgaron a los forasteros de acuerdo a sus cánones ideológicos. Los trataron como potenciales «brujos» cuya sola presencia presagiaba males indescriptibles y, en muchas partes, así los recibieron.

La dicotomía de juicios impedía la comunicación y el entendimiento dentro de una misma esfera conceptual, aspecto notoriamente más marcado en el ámbito nativo, profundamente enraizado en sus ancestrales sistemas de creencias, mitos y leyendas.

América, étnica y culturalmente, era múltiple. Bandas nómadas colindaban con sociedades tribales, estados e imperios. De ahí que reaccionasen con claras diferencias ante la aparición de los extranjeros. Las tribus, carentes de autoridades centrales, los enfrentaron siguiendo el consuetudinario derecho a defender por la fuerza «su seguridad, prosperidad y gloria».¹⁵ Los estados, en desigual lucha por la disparidad de armas, los afrontaron como si fuesen un ejército más hasta que el atronador ruido de mosquetes y cañones los volvía a una realidad muy ajena a la tradicional.

El impacto del «encuentro» se refleja mejor en el *canibalismo ritual* practicado por algunas sociedades americanas que, además de llenar de horror a los invasores, les sirvió de pretexto para calificar a quienes lo ejercían en «sepulcros de españoles», seres casi infrahumanos, justificando, de paso, el bestial tratamiento laboral impuesto en las primeras décadas de la conquista.

Cristóbal Colón ya en su primer viaje se refiere a *grupos devoradores de carne humana*, sin detenerse a intentar desentrañar el verdadero sentido de esta costumbre que juzgaba repulsiva. Con bastante expresividad Pedro Mártir de Anglería nos relata la suerte corrida por Juan Díaz de Solís cuando, en su empeño por pisar, antes que nadie, las riberas del río que llevaría su nombre, sin tomar precauciones, desembarcó frente a unos nativos que

cual astutas zorras, parecía que le hacían señales de paz, pero en su interior se lisonjaban de un buen convite, y cuando vieron de lejos a los huéspedes, comenzaron a relamerse cual rufianes. Desembarcó el desdichado Solís con tantos compañeros cuántos cabían en el bote de la nave mayor. Saltó entonces de su emboscada gran multitud de indígenas, y a palos los mataron a todos a la vista de sus compañeros; y apoderándose del bote, en un momento le hicieron pedazos: no escapó ninguno. Una vez muertos y cortados en trozos, en la misma playa viendo sus compañeros el horrendo espectáculo desde el mar,

¹⁵ Sahlins, Marshall: *Tribesmen*. Prentice Hall Inc. Englewood Cliffs. New Jersey, 1968. pág. 7.

los aderezaron para el festín; los demás espantados de aquel atroz ejemplo no se atrevieron a desembarcar ni pensaron en vengar a su capitán y compañeros y abandonaron aquellas playas crueles.¹⁶

Aunque el dramático destino de Solís no fue un caso aislado en las pioneras exploraciones, las exageraciones de los relatos evidencian el hechizo de aquellos ojos que, con estupor, iban desnudando la geografía americana, dispuestos a emular las aventuras de los héroes tan en boga en la literatura caballeresca del siglo XVI. Antonio Pigafetta es un buen representante de cronistas que encubren la realidad con visiones míticas destinadas, sin dudas, a exaltar aún más la audacia y heroísmo de los descubridores. A él se debe la imagen de seres gigantes en el territorio bautizado como *Patagonia*.¹⁷ Narra que, tras dos meses de tensa espera en el estuario del río Deseado, Hernado de Magallanes y sus compañeros avistaron a

un hombre de estatura gigantesca. Estaba en la playa casi desnudo, cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza... Este hombre era tan alto que con la cabeza apenas le llegabamos a la cintura. Era bien formado, con el rostro ancho y teñido de rojo, con los ojos circudados de amarillo, y con dos manchas en forma de corazón en las mejillas.¹⁸

América permitía la inventiva pergeñando ficciones literarias que sumirían en alucinaciones deslumbrantes a los lectores de los libros profanos de la época. Ellas también rubrican la especial concepción de esa frontera que se prolongaba más allá de la Mar Océano. Los extravagantes ingredientes atenuaban, en cierto sentido, la relación con los «conquistados», tan ajena a los ideales de paz, justicia y defensa del más débil propiciados por la caballería. Por eso uno de los temas recurrentes es la antropofagia. En 1505 apareció la

¹⁶ Mártir de Anglería, Pedro: *Décadas del Nuevo Mundo*. Editorial Bajel. Década III, libro X, Cap. IV. Buenos Aires, 1944.

¹⁷ Ramón Morales, en sugestiva interpretación, piensa que el nombre Patagonia deriva de Patagón, protagonista de una novela caballeresca que relata los *Grandes hechos de Primaleón y su hermano Polenda, hijos de Palmerín de Oliva*, publicada en Salamanca el año 1512. Patagón, que era gigante, fue engendrado por un animal en una mujer perteneciente a un imaginario pueblo epónimo, habitante de las regiones montañosas de una fantástica isla, cuyos miembros se alimentaban de «carne cruda de lo que ellos cazan. .. y son así como los salvajes que no sino unas vestiduras de pieles de animales que matan». La obra fue, supuestamente, leída por Pigafetta, otorgando, por asociación, el mote al «indio» divisado desde las naos. Ello demuestra cómo los descubridores «ilustrados» traspasaban las imágenes literarias a las ignotas tierras que visitaban. Véase su artículo «Patagones y Patagonia: un caso de denominación epónima con una errónea atribución etimológica». En *Anales del Instituto de la Patagonia*, Vol. 19; 1989-1990, pág. 13.

¹⁸ Pigafetta, Antonio: *Primer viaje en torno del Globo*. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires, 1970, págs. 21-22.

reseña del *Tercer Viaje* de Américo Vespucio donde sostiene que en las costas brasileñas

viven todos juntos, sin rey o jefe de ninguna especie y cada uno es su propio señor. Toman como esposa la primera que encuentran y actúan en todo sin atenerse a ley alguna. Luchan entre ellos sin arte ni regla, se devoran unos a otros, incluyendo a sus muertos, pues la carne humana es una de las formas habituales de alimentación. Acostumbran a salar la carne y a colgarlas de las casas a objeto que se sequen. Alcanzan la edad de ciento cincuenta años y rara vez se enferman.¹⁹

Acompaña la publicación un grabado exhibiendo nativos semi desnudos, adornados con tocados de plumas, conversando en la entrada de una ramada; de sus travesaños pendían cabezas, brazos y piernas humanas. Al interior mujeres degustaban un miembro recién sacado de las brazas. Probablemente el dibujo se convirtió en modelo para otras descripciones similares.

Hans Staden, un alemán que permaneció cautivo en una de las aldeas *tupinamba* al sur de Brasil, dio a luz, en 1557, sus memorias de las peripecias sufridas durante su prisión. La intituló *Verdadera historia*, anticipándose a posibles dudas acerca de la veracidad del relato. Las láminas que acompañaban la obra muestran a mujeres cocinando cabezas de esclavos en grandes vasijas de arcilla; otras a extremidades asándose en una especie de parrilla; mientras hombres y niños atizan el fuego, varios comensales saborean el insólito banquete. La claridad del mensaje es obvia. Quienes proceden de ese modo no pueden ser criaturas del mismo Dios Padre de los cristianos. Mariño de Lobera, o la pluma del padre Escobar, redactor final de la obra, llega al sumo de la hipérbole, cuando sostiene que los mapuches²⁰

estaban tan regustados a comer carne humana, que tenían carnicerías dellas y acudían a comprar cuartos de hombres, como se compran en los rastros los del carnero. Y en muchas partes tenían los caciques indios metidos en jaulas engordándoles para comer dellos. Y tenían ya los instrumentos necesarios para el oficio de carniceros como tajones, machetes y perchas donde colgaban los cuartos. Llegó-enfatiza-a tanto la gula que hallaron los nuestros a un indio comiendo con su mujer a un hijo suyo.... Y hubo indios que se ataban

¹⁹ Citado por Miguel Rojas Mix: *La imagen artística de Chile*. Editorial Universitaria S.A. Santiago, 1970, pág. 8. No hemos encontrado el relato en la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, compilados por Martín Fernández de Navarrete. Biblioteca de Autores Españoles, Tomo 75, 76 y 77. Editorial Atlas. Madrid, 1964.

²⁰ Staden, Hans: *The true story of his captivity* (1955). Robert McBride and Co New York, 1929.

los muslos por dos partes y cortaban pedazos dellos, comiéndolos a bocado con gran gusto²¹

Es innegable que algunas sociedades americanas cultivaban un canibalismo ritual. Sin embargo no se les puede catalogar como antropófagos, es decir, consumidores de carne humana por gusto, ya que la ingestión de ciertos órganos del cuerpo se insertaba en contextos ceremoniales que los europeos no podían entender, pues se relacionaban con antiguas prácticas animísticas, enriquecidas por mitos y leyendas, que otorgaban un especial simbolismo al acto. Tal era el caso de los sacrificios humanos ejecutados por las sociedades mesoamericanas.

Las religiones del Antiguo México compartían una concepción cíclica de la historia, regida por decisiones de sus divinidades. Sólo la benevolencia de éstas influía en el curso de un destino cuyo comienzo y fin estaba previamente trazado, siguiendo una cadena de hechos que se repetían inexorablemente. Así, en la época del «encuentro», creían que el mundo estaba poblado por una quinta humanidad que adquirió existencia tras la voluntaria inmolación de *Nanahuatzin*, el insignificante dios purulento, y de *Tesciztecátl*, la orgullosa divinidad ataviada con hermosas joyas quienes, arrojándose a la hoguera encendida por sus congéneres, se transmutaron en sol y luna respectivamente, permitiendo que la vida volviese a florecer sobre la faz del planeta.

La humanidad *náhuatl* fue creada por concenso de las deidades, olvidando viejas rencillas que habían conducido al exterminio de las cuatro anteriores. *Quetzalcóatl*, bajó al reino de los muertos, regresando, victorioso, con los huesos de los predecesores del nuevo género humano. Fueron molidos por las divinidades quienes, en sacrificio colectivo, entregaron sus sangres para formar la masa con que moldearían a las creaturas. De tal modo surgió una relación recíproca entre los hombres y sus hacedores, asumiendo, aquellos, la responsabilidad de revitalizar a los dioses, proporcionándoles la energía fluida que corría por sus venas pues, en realidad, ésta era sangre de los creadores. Ese era el real trasfondo del sacrificio humano mesoamericano. La víctima, normalmente prisionero de guerra, se ataviaba con la indumentaria de la deidad a la cual vigorizaría; mientras duraban los preparativos para la ceremonia, se le trataba como si fuese una divinidad viviente, personificando, hasta el instante de su inmolación, a quien entregaría las sustancias revividoras emanadas de su corazón. Así se establecía una comunión entre el holocausto divino y el rito humano.

Las condiciones ambientales del habitat acupado por la sociedad mexicana se caracterizaba por la escasez de proteínas animales. Muy pronto comprendieron que no podían desperdiciar el cuerpo de los ofrendados y decidieron ingerir

²¹ Mariño de Lobera, Pedro: *Crónica del Reino de Chile*. (1580). Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 131, pág. 350. Ediciones Atlas. Madrid, 1960.

sus extremidades convencidos que estaban, a su vez, recibiendo la energía del dios encarnado en el sacrificado. El sentido del acto no fue captado por los europeos.

La incompreensión del sistema de creencias nativas se agudizó al no tener éstas concepciones equivalentes a las de Dios, alma, espíritu y virtudes morales del cristianismo. Paradójicamente a los mexicas les fue fácil entender el simbolismo de la *comunión* católica pues la transmutación del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo coincidía, de algún modo, con sus propias ideas acerca de la metamorfosis experimentada por los seres consagrados a los dioses.

La historia oral, plena de leyendas, fue favorable para la acogida de los hispanos en algunas regiones americanas. Los mexicas vivían angustiados por la incertidumbre que les causaba el no poder influir en las decisiones divinas. Sólo ellas sabían si comenzaría un nuevo ciclo de cincuenta y dos años, en el cual, inexorablemente, volverían a repetirse los hechos debido a que los calendarios solar y lunar se encajarían en la misma posición. Si la luna pasaba el cenit de la medianoche significaba que se reiniciaba el ciclo. Entonces, plenos de alegría, celebraban el *Nuevo Fuego* que señalaba el advenimiento de otro período vital.

La expectativa del término de la quinta humanidad generaba un trauma colectivo pues se aproximaba el fatídico año en que, según había prometido, regresaría el anciano Quetzalcóatl a ocupar el puesto que le correspondía como héroe civilizador en la cultura náhuatl. Para muchos mexicas el retorno, fijado en un año *ce acátl*, podría implicar el fin del mundo. Mientras más cercana la fecha, más aumentaba la angustia de quienes ignoraban el designio de las deidades. La congoja crecía a medida que se producían extraños fenómenos que presagiaban el advenimiento del temido futuro. Pocos años antes del arribo hispano inexplicables accidentes turbaron a esos espíritus agobiados por el peso de la tradición. Misteriosamente la noche se iluminó con una

como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora: se mostraron como si estuviesen goteando, como si estuvieron punzando en el cielo.²²

La clara columna provenía del oriente, ascendiendo desde la tierra, el mundo natural, hacia el cielo, reino de lo sobrenatural. Posteriormente ardió, sin causa aparente, el templo de *Huitzilopochtli*. Otro día, intespectivamente, cayó un rayo sobre la casa de *Xiuhtecuhtli*, Señor del Fuego, a quien se reverenciaba, con especial recogimiento, al iniciarse un nuevo ciclo histórico. El incendio del templo ¿no podría ser un temprano vaticinio del fin de la era?. La interrogante llenaba de dudas a los atribulados mexicas que presenciaban,

²² Sahagún, Bernardino de: *Historia General de las cosas de la Nueva España*. (1582). Editorial Porrúa. México, 1956, pág. 469.

horrorizados cómo hervían las aguas del lago Tezcoco, destruyendo las casas levantadas sobre las *chinampas*, islitas artificiales separadas por estrechos canales. Al mismo tiempo, desgarradores lamentos nocturnos de *Cihuacóatl*, la mujer serpiente, exclamaban:

¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!²³

otras veces, la «llorona», entre sollozos, gemía:

¿Hijitos míos, a dónde os llevaré?²⁴

Un raro pájaro gris fue capturado en el lago donde se asentaba la urbe imperial. Sobre su cabeza tenía un espejo que parecía reflejar el futuro. Presentado al emperador Moctezuma, observó perplejo un cielo estrellado en la lustrosa superficie y

cuando vio por segunda vez la mollera del pájaro, nuevamente vio allá, en lontananza, como si algunas personas vinieran de prisa: bien estiradas: dando empellones. Se hacían la guerra unos a otros, y los traían a cuestras unos como venados.²⁵

Cada vez que Moctezuma posaba su vista en dicho espejo aparecían espejuznantes figuras de «hombres deformes, personas monstruosas» con dos cabezas, manifestaciones que no podían interpretar sus magos y adivinos. Poco después, para agravar la situación, funcionarios estacionados en las costas del Golfo divisaron raras embarcaciones. Pretextando desear intercambiar unas mantas de algodón, se acercaron a ellas con el fin de observar a los tripulantes. Al verlos barbados, uno de los atributos de Quetzalcóatl, los reverenciaron como dioses, ante la atónita sorpresa de los hispanos, quienes, a cambio, de los t jidos

Les dieron collares verdes, amarillos, como que quieren parecerse al cristal de roca. Y cuando los recibieron, cuando los vieron, mucho se maravillaron²⁶

Portando los preciados objetos emprendieron rauda marcha hacia Tenochtitlán, informando al soberano de lo acaecido. Este, de inmediato, mandó emisarios de confianza para que examinasen a los recién llegados.

²³ *Códice Matritense*: En Miguel León Portilla: *El reverso de la conquista*. Joaquín Mortiz Editor. México, 1964, pág. 31.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.* pág. 33-34.

Ocultos en las frondosas copas de los árboles costeros, atisbaron y dibujaron, con nerviosos trazos, las figuras de los forasteros. De regreso narraron que

hasta tarde estuvieron pescando, y luego entraron en una canoa pequeña y llegaron hasta las dos torres muy grandes y subían dentro, y las gentes serían como quince personas, con unos como sacos colorados, otros de azul, otros de pardo y de verde y una color nugriente como nuestro *ychtilmatle*, tan feo; otros encarnando, y en las cabezas tenían puestos unos bonetes de grana, otros muy grandes y redondos a manera de comales pequeños, que deben ser guarda sol, y las carnes de ellos muy blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta las orejas les da.²⁷

A Moctezuma ya no le cupo dudas. Eran los dioses que regresaban. Sobrecogido de temor les envió valiosos presentes, tratando de mantenerlos alejados de la ciudad, cuyos habitantes habían caído en un generalizado estado de pavor. Un testigo indígena recuerda que en las plazas y callejuelas había

juntas, hay discusiones, se forman corrillos, hay llanto, se hace largo llanto, se llora por los otros. Van con la cabeza caída, andan cabizbajos; Entre llantos se saludan; se lloran unos a otros al saludarse. Hay intento de animar a la gente, se reaniman unos a otros. Hacen caricias a otros, los niños son acariciados.²⁸

La población, aterrorizada, vislumbraba el fin de su mundo. Se despedían con demostraciones de afecto como si no fuesen a verse más. El propio emperador intentó ocultarse para no enfrentar la acongojante realidad. Hernán Cortés, entretando, cansado de las evasivas, movilizó su hueste hacia el corazón del imperio. En *Tlaxcala*, pueblo rudamente tratado por los mexicas, recibió la alianza de soberanos que vieron en él un instrumento celestial para el anhelado desquite. Auxiliado por guerreros nativos continuó hasta *Cholula*, donde provocó la primera matanza de indígenas en la América Central, actuación que indujo a Moctezuma a desechar sus vanos intentos para alterar el rumbo de la historia. Así, Cortés, entró, el 8 de noviembre de 1519, a la calzada de *Iztapalapa* que unía, por el sureste, la ribera del lago con la isla mayor de la ciudad. El emperador, bajándose de la litera en que era transportado, comenzó a caminar hacia los «dioses» a medida que una fila de sirvientes tendían esterillas sobre la tierra, previamente barrida por otros criados, a fin de que sus sandalias no entrasen en contacto con el polvo del suelo. Es que, en el fondo, no podía abandonar su rol de deidad viviente que acudía a rendir pleitecía a otra más

²⁷ Alvarado Tezozomoc, Hernando: *Crónica Mexicana*. Editorial Leynda. México, 1994, pág. 518.

²⁸ Sahagún, op. cit. pág. 472.

antigua y poderosa. Debía darle cuentas de lo que habían hecho él y sus antecesores desde que Quetzalcóatl partiera a su voluntario ostracismo. Nervioso y sin atreverse a mirar los ojos del capitán español, le abrazó, saludándolo con veneración:

Señor nuestro: te has fatigado, te has dado cansancio: ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad: México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que se fueron, tus sustitutos...

¡Ojala uno de ellos estuviera viendo, viera con asombro lo que yo ahora veo venir en mí!

Lo que yo veo ahora: yo el residuo, el superviviente de nuestros señores

No, no es que yo sueño, no me levanto del sueño adormilado: no lo veo en sueños, no estoy soñando.

¡Es que te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tu rostro!

Ha cinco, ha diez días yo estaba angustiado tenía fija la mirada en la Región del Misterio.

Y tú has venido entre nubes, entre nieblas.

Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad.

Que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitial, que habrías de venir acá...

Pero ahora se ha realizado: ya tú has llegado, con afán viniste.

Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; da refrigerio a tu cuerpo.

¡Llega a vuestra tierra, señores nuestros!²⁹

El trauma llegaba a su fin. Leyedas e ideologías religiosas se habían conjugado para que un puñado de forasteros fuesen confundidos con dioses que juraron regresar cuando, en acto expiatorio, dejaron su tierra adentrándose por el mar hacia el oriente. Para los mexicas el retorno podía implicar el fin del ciclo histórico que vivían si la deidad decidía castigarlos por su comportamiento en tiempos pretéritos.

Muy pronto las sociedades mesoamericanas experimentarían, en carne propia, el significado de esa «muerte» tan diferente a la vaticinada en sus profecías.

²⁹ Díaz del Castillo, Bernal: *Verdaderamente historia de la conquista de la Nueva España* (1568) Editorial Porrúa. México, 1960, pág. 153.

En el Antiguo Perú también las tradiciones, conservadas oralmente, jugaron un rol de primordial importancia cuando se produjo el primer contacto con los peninsulares. Los Incas habían dominado un espacio geográfico donde, desde remotas épocas, emergieron sociedades estatales que alcanzaron un gran desarrollo tecnológico y complejidad cultural. Por esa razón, una vez lograda la cúspide del poder y transformado al Cuzco en el centro de un vasto imperio, trataron de esconder su humilde origen y de minimizar la historia anterior a ellos, propalando la noticia de que habían sido enviados por *Inti*, el Padre Sol, para que cumpliesen una misión civilizadora. Crearon, pues, un relato oficial que no era compartido por el resto de los grupos integrados al *Tahuantinsuyu*. Garcilaso de la Vega recuerda haber escuchado de boca de un tío materno, integrante de la nobleza incaica, que:

en los siglos antiguos....las gentes.... vivían como fieras y animales brutos....sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar....sin vestir ni cubrir sus carnes....Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó y hubo lástima dellos y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija para que los doctrinasen...y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad.³⁰

La versión tuvo, sin embargo, que ser amoldada a la tradicional que concebía como deidad creadora a *Viracocha*, quien

hizo el cielo y la tierra, y que todo lo dejó oscuro, y que entonces hizo aquella gente que había en el tiempo de la oscuridad ya dicha, y que esta gente le hizo cierto deservicio a este Viracocha, y como della estuviese enojado...en castigo...hízoles que se tornasen piedra.³¹

El propio Sumo Hacedor, tiempo después, esculpió con aquellas rocas unas estatuas a las que volvió a dar vida, ordenándoles que, por grupos, se dirigiesen a todas las regiones que él señalaba en un mapa dibujado sobre la tierra, y en cuanto arribasen a ellas, exclamasen en voz alta:

Fulano, salid a poblad esta tierra que esta desierta, porque así lo mandó *Con Tici Viracocha* que hizo el mundo³²

³⁰ Vega, Inca Garcilaso de la: *Primera parte de los comentarios reales de los Incas*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 133. Ediciones Atlas. Madrid, 1968. Libro I, Cap. XVI.

³¹ Betanzos, Juan de: *Suma y narración de los Incas* (1551). Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 209. Madrid, 1968, pág. 9.

³² Betanzos: Op. cit. pág. 10.

El mismo participó activamente en el proceso del génesis recorriendo algunas comarcas para tomar las estatuas en hombres. Así dio vida a los *orejones*, como llamaron los españoles a los incas del Cuzco. Cumplida su misión, continúa la leyenda, Viracocha

se partió adelante....a la provincia de Puerto Viejo, se juntó allí con los suyos...(y) se metió por la mar...por do dicen que andaba él y los suyos por el agua ansi como anduviesen por tierra.³³

A dicha deidad, siguiendo el modelo de héroe civilizador mexicano, se la describía como

Un hombre alto de cuerpo y que tenía una vestidura que le daba hasta los pies, questa vestidura traía ceñida, e que tenía el cabello corto y una corona hecha en la cabeza a manera de sacerdote, y que andaba destocado, y que traía en las manos cierta cosa que a ellos les parece el día de hoy como estos breviarios que los sacerdotes traían³⁴

El retrato fue complementado por la visión que de él tuvo un monarca, del mismo nombre, quien, en sueños, notó que llevaba

barbas en la cara, a diferencia de los indios que son lampiños³⁵

Tanto la saga de Viracocha como su supuesto aspecto físico y notoria indumentaria, indujo a que con dicho apelativo

llamaran....a los primeros españoles que entraron en el Perú, porque les veían barbas y todo el cuerpo vestido.³⁶

La correspondencia entre las leyendas mexica e inca son manifiestas. Ambos personajes fueron dioses creadores y héroes civilizadores, siendo, de algún modo, reverenciados por todas las sociedades que participaban de la tradición mesoamericana y andina. Sin embargo, al momento del contacto con los europeos, no tenían la misma implicancia para los poderosos imperios. Los aztecas consideraban como su divinidad primordial a Huitzilopochtli y los inca a Inti, de quienes se sentían hijos. A pesar de ello debieron incorporar a sus respectivos panteones a Quetzalcóatl y Viracocha, con todos los mitos que les rodeaban para, finalmente, hacerlos también partícipes de sus propios anales. A

³³ Ibid.

³⁴ Vega, Garcilaso de la: Op. cit. Libro V, Cap. XXI.

³⁵ Ibid.

³⁶ Betanzos: Op. cit. pág. 11.

través de ese proceso los mexicas fundieron atributos de la serpiente emplumada con los de Huitzilopochtli lo que, a la postre, resultó fundamental en la primera percepción que tuvieron de los europeos.

Los incas, por el contrario, mantuvieron siempre al Sol y a *Illapa*, el relámpago, como las deidades que ocupaban el más alto sitio en el ritual cuzqueño. Eran las *huacas* todopoderosas que mantenían prisioneras, en el principal templo de la capital imperial, a los ídolos de los pueblos subyugados. En la manipulación de su historia, los incas anexaron los episodios relativos a Viracocha,³⁷ inventando la acción creadora en el valle del Cuzco para hacerla coincidir con la misión divina encomendada por Inti a la pareja de vástagos que envió hacia la tierra. De tal modo el «culto oficial» mantuvo subordinado a las otras huacas regionales, y al propio Viracocha, al Sol, situación que marcó la dispar determinación con que enfrentaron a Francisco Pizarro y a sus compañeros. El omnipotente emperador estaba muy por encima, igual que Inti, de los eventuales «viracochas», Tenía el ánimo de afrontarlos y expulsarlos de sus dominios; se sentía capaz de alterar el curso de funestos presagios vinculados con un antiguo oráculo pronosticado que

pasados tantos Reyes, habían de ir gentes extrañas y nunca vistas y quitarles el reino y destruir su república y su idolatría.³⁸

La zozobra también corroía los espíritus de los sabios *amautas*, celosos guardianes de la tradición oral, puesto que con Huayna Cápac se cumplía la cantidad de monarcas profetizados. Temían a un destino que parecía cada vez más cercano, según deducían de los extraños sucesos que turbaban la tranquilidad de los ciudadanos. Un águila desplazándose por el cielo, desafiante, con sus alas extendidas, fue atacada por una bandada de halcones justo cuando se oficiaba la solemne ceremonia anual en honor al Sol

no pudiendo defenderse se dejó caer en medio de la plaza mayor (del Cuzco), entre los Incas, para que la socorriesen. Ellos la tomaron y vieron que estaba enferma, cubierta de caspa, como sarna, y casi pelada de las plumas menores³⁹

A pesar de intensos cuidados, falleció, sobrecogiéndolo el corazón del monarca y de sus adivinos que interpretaron el hecho como un lúgubre anuncio del aniquilamiento de su pueblo y la demolición del imperio, representado por la muerte de aquella ave rapaz que, hasta entonces, no había tenido rivales dispuestos a oponérsele en lo que juzgaban su reino natural. Las anomalías

³⁷ Vega, Garcilaso de la. Op. cit. Libro IX, Cap. XXI.

³⁸ Ibid.

³⁹ Ibid. Libro IX, Cap. XIV.

continuaron con terremotos que desmoronaban altos cerros, lugares sagrados en la cosmología andina, y maremotos cuyas arrasadoras aguas inundaban las fértiles terrazas costeras. A ello se agregaban la recurrencia nocturna de muchos «cometas muy espantosos y temerosos».⁴⁰ Así

entre estos miedos y asombros, vieron que una noche clara y serena tenía la luna tres cercos muy grandes: el primero era de color de sangre; el segundo, que estaba más afuera, era de un color negro que tiraba a verde, el tercero parecía que era de humo. Un adivino...habiendo visto y contemplado los cercos que la luna tenía, entró donde Huayna Capac estaba, y, con semblante muy triste y llorando que casi no podía hablar, le dijo: «Solo Señor, sabrás que tu madre la Luna, como madre piadosa, te avisa que el Pachacamac criador y sustentador del mundo amenaza tu sangre real y a tu imperio con grandes plagas que ha de enviar sobre los tuyos, porque aquel primer cerco que tu madre tiene, de color de sangre, significa que después que tú te hallas ido a descansar con tu Padre Sol, habrá cruel guerra entre tus descendientes y mucho derramamiento de tu real sangre, de manera que en pocos años se acabará toda, de lo que quisiera reventar llorando; el segundo cerco negro nos amenaza que de la guerra y mortandad de los tuyos se causará la destrucción de nuestra religión y república y la enajenación de tu imperio, y todo se convertirá en humo, como lo significa el cerco tercero, que parece humo».⁴¹

Similares aseveraciones efectuaron todos los magos consultados y aunque se realizaron múltiples ritos para revertir el proceso, la muerte de Huayna Cápac, víctima de una epidemia de viruela⁴² o sarampión,⁴³ aciago anuncio de la inmediata presencia europea, demostró que cualquier esfuerzo no podría evitar el triste sino del engreído pueblo inca. La disputa del trono entre Huáscar y Atahualpa, hijos del difunto rey, generó, en el plano terrenal una lucha que involucraba a dos presuntas divinidades.

La guerra entre y contra dioses era, pues, una realidad en la mentalidad incaica de la época. Ello explica la actitud agresiva frente a los «viracochas» que venían avanzando desde la costa hacia el interior. No debemos olvidar que ideológicamente estaban subordinados al Sol, padre de quien, en ese momento, llevaba ventajas militares sobre su medio hermano. De ahí deriva la altanera

⁴⁰ Ibid.

⁴¹ Ibid.

⁴² Cieza de León, Pedro: *El señorío de los Incas*. (1553). Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 1967, pág. 230.

⁴³ Santa Cruz Pachacuti, Joan de: *Relación de antigüedades deste reyno del Perú*. Biblioteca de Autores Españoles Tomo 209. Ediciones Atlas. Madrid, 1968 pág. 311.

audacia de Atahualpa al enviar espías hacia el real de Pizarro con el objeto de contar los hombres que componían la mesnada y averiguar la calidad de sus armas. Las respuestas no alarmaron al osado hijo de los hijos del hijo del Sol. Apenas se trataba de un puñado de soldados que no sobrepasaban las dos centenas. El tenía bajo su mando a casi treinta mil guerreros apostados en las afueras de Cajamarca. Alcanzó a saborear una victoria que le colmaría de prestigio y lo conduciría, rodeado de una aureola de invencibilidad, hacia el deseado Cuzco. No extraña, pues, que cuando Hernando de Soto, representando a Pizarro, llegó a sus aposentos solicitándole se entrevistase con su jefe, Atahualpa, con altivez, respondiese que

dixise al Marqués y a los demás cristianos que él iría por la mañana donde ellos estaban y le pagarían el desacato que había tenido de haber tomado unas esteras donde dormía su padre Guaina Capac cuando estaba vivo, y que todo lo que habían tomado desde la Bahía de San Mateo, se lo tuviesen todo junto para cuando él llegase.⁴⁴

Enseguida, deseoso de mostrar el nulo temor inspirado por los hispanos, mandó ejecutar a quienes se habían asustado con las cabalgaduras de los invasores. El Hijo del Sol no toleraba que sus súbditos mostrasen miedo ante los secundones «viracochas».

El desenlace de los encuentros fue distinto. En México tan pronto los nativos se persuadieron que los barbados seres eran mortales y carecían de nexos con sus divinidades, iniciaron la resistencia, ejecutando al soberano que, ignomiosamente, había entregado su reino a supuestos «quetzalcoatlés». Atahualpa fue apresado en traicionera emboscada; desde la celda perseveró en sus esfuerzos para desalojar del reino a los forasteros indeseables, hecho que ameritó la condena a muerte impuesta por sus menospreciados captores.

Tradiciones, leyendas, mitologías y percepciones del cosmos aborígen se conjugaron para que cada grupo étnico adoptase una particular forma de proceder cuando se toparon inicialmente, con aquellos curiosos individuos que escondían sus cuerpos bajo estrambóticas vestimentas de tela o metal, que viajaban a lomo de desconocidos animales, que expelían fuego mediante ruidosas armas y que mostraban una urgencia desmesurada para tomar cualquier objeto de oro o piedras preciosas y averiguar la ubicación de los yacimientos donde se extraían.

Los europeos, al amparo del encantado mundo caballeresco, teñían de fantasía sus primeros testimonios acerca de los pueblos y costumbres de las Indias Occidentales. Así el hallazgo recíproco se transformó, en realidad, en el desencuentro de dos mundos que se movían entre la magia y la racionalidad; que concebían a la naturaleza y al universo religioso de modo tan dispar que imposibilitaba cualquier comprensión entre quienes, sin saberlo, se estaban «descubriendo» mutuamente.

⁴⁴ Pizarro, Pedro: *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. (1571). Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 1978. pág. 53.